

MAY R. AYAMONTE

# EL LATIDO DE LAS MARIPOSAS



CONTRALUZ

MAY R.  
AYAMONTE  
El latido  
de las mariposas

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© May R. Ayamonte, 2026  
c/o Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.  
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026  
Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 979-13-87810-52-8  
Depósito legal: M. 2.529-2026  
Printed in Spain

*A los cardiópatas que, como Barea y como yo, llevan un DAI.*

*No estamos solos.*

*Y ahora tenemos nuestro chaleco salvavidas.*

*A mi madre, porque de ella saqué la fuerza.*



## Prólogo

Miguel Ruiz era un hombre al que la suerte le sonreía, casi como si tuviera la vida garantizada más allá de la tierra. Observó la fachada amarilla de la vivienda unifamiliar en Cumbres Verdes que estaba a punto de vender. El precio estaba por debajo de mercado, así que era una operación asegurada. El banco había adquirido la casa en 2024, después de una ejecución hipotecaria. Desde entonces, Miguel había estado ansioso por poder sacarla a la venta.

Al intentar introducir la llave en la cerradura de la verja delantera, se dio cuenta de que estaba forzada. Extrañado, cruzó el pequeño jardín en el que la hierba ya estaba amarillenta.

El sudor comenzó a bajarle por el cuello, perlándole la piel. Maldijo las altas temperaturas de principios de julio. ¿Quién podía vivir en Granada durante el verano? Resopló. Aún quedaban dos semanas para sus vacaciones.

La puerta de entrada de la vivienda estaba entornada. Empezó a asustarse de verdad. Empujó con suavidad y estudió el salón. Las persianas levantadas dejaban pasar el sol, que bañaba el suelo hasta las escaleras. Era temprano, pero el calor comenzaba a subir por los muros de manera asfixiante. Siguiendo su ritual, abrió todas las ventanas. Olía raro. Sacó el ambientador

que llevaba en el maletín y dejó que la fragancia inundara el ambiente. Habían limpiado la casa hacía un mes, pero ya se podían ver manchas en el suelo. Suspiró y recorrió la planta baja antes de subir las escaleras.

¿Por qué olía tan mal? Era un hedor que ganaba fuerza conforme se acercaba a la segunda planta. Sintió náuseas y contuvo las ganas de vomitar sin entender qué ocurría. Subió rápidamente las persianas de la ventana del pasillo y, cuando la luz iluminó la estancia, miró a su alrededor. Había tres puertas abiertas y una cerrada. El olor debía de provenir de la habitación cerrada.

Titubeó ante el tirador. El olor era tan repugnante que agradecía no haber desayunado más que un café y un cigarro. Pero no podía esperar más. Debía arreglar aquello antes de que llegaran los clientes. Abrió la puerta y todo fue muy rápido. Miguel se quedó paralizado ante la oleada de aleteos que coloreaban su vista en distintos tonos de púrpura y marrón. Dio un paso atrás; las mariposas parecían liberarse en la habitación desde sus propias manos. Fue un espectáculo divino, digno de alguien que creía llevar la suerte en el bolsillo. Las mariposas danzaban dentro de la habitación, chocaban contra Miguel y se abrían paso por el pasillo.

Durante unos segundos, Miguel solo vio mariposas volar, como en un sueño. Se quedó embobado observando cómo movían sus alas con elegancia; parecían desprender un polvo invisible que lo transportaba a los cuentos de hadas. Eran decenas de mariposas, quizá cientos.

Cuando las mariposas terminaron de salir, se hizo un silencio helado que le caló hasta los huesos. Bajó la mirada hacia el suelo de la habitación y contempló el espacio vacío, excepto por unas cuantas mariposas muertas. Ya no eran solo moradas, marrones y blancas, tenían también unas manchas

de color carmesí. Giró la cabeza hacia la derecha y lo que vio le hizo proferir un grito que parecía pedir plaza libre en el mismo Infierno. Se llevó las manos a la boca, sintió la bilis subiéndole por la garganta y se dobló sobre sí mismo para vomitarse sobre los pies. Instintivamente, caminó hacia atrás hasta chocar con el marco de la puerta.

A la derecha, un hombre estaba suspendido en el aire, con el torso desnudo, anclado a la pared por algo que le atravesaba los hombros. La sangre, que descendía en sendos regueros desde las heridas, completaba el macabro espectáculo. El hombre tenía la boca abierta en *rigor mortis*, pero su expresión era relajada. Una mariposa muerta descansaba en su lengua, como si hubiese querido refugiarse ahí. Miguel no pudo evitar alzar la mirada. Buscó los ojos del hombre, que le parecieron demasiado redondos y descompensados para su rostro, como si fueran fotografías pegadas sobre los párpados. Se fijó mejor y se dio cuenta, con horror, de que eran alas de mariposa. De una mariposa enorme cuyas alas dibujaban unos ojos de búho.



## Capítulo 1

Barea atravesó el rellano de la Casa Trujillo y observó con añoranza la escalera de caracol que se deshacía en una espiral casi infinita y culminaba en una cúpula estrellada que la remontaba a sus orígenes. La luz se filtraba al ascender, peldaño a peldaño, iluminándolo todo. En Ceuta, la luminosidad era diferente a la de Granada debido a su situación geográfica. Barea siempre se había preguntado si todo se habría solucionado si hubiera decidido mudarse con Lucas a su tierra; en lugar de volver a Granada, comenzar una nueva vida en el norte de África junto con su exmarido. Ya no había marcha atrás. Aunque las pastas morunas que había comprado para desayunar eran un ofrecimiento a Lucas, nada parecía poder arreglar lo que se había roto entre ellos.

Entró en el piso con una sonrisa. Las vistas al mar eran indescriptibles; parecía poder tocar la península con la punta de los dedos. Dejó las pastas en la mesa y escuchó el agua correr en el baño. Entró y se acercó a la ducha. Lucas descorrió la cortina; sus ojos color miel la observaron con detenimiento.

—Creo que es mejor que vayas a ver a tu madre, Barea —susurró mientras cortaba el agua.

—Había pensado que podíamos salir a dar un paseo. Ya sabes que me encanta Ceuta; tengo muy buenos recuerdos aquí

contigo —respondió Barea mientras se pasaba los dedos por el pelo oscuro largo y rizado para intentar adecentarlo.

—Cariño, ya hemos hablado de esto. Nos lo pasamos muy bien, pero no debemos ir más allá. Además, te vas mañana. Esta noche vuelves a dormir aquí, ¿no? Cierro el bar a las once y media.

El tono de voz grave de Lucas dejaba clara su incomodidad. Barea lo conocía mejor que nadie. Después de doce años y medio juntos —aunque llevaran cuatro separados—, ninguna otra persona lo conocía como ella. Lucas era un hombre que rehuía las discusiones y situaciones complicadas. Barea, cuyo carácter era todo lo contrario, siempre había sido su equilibrio. Pero ella solo peleaba cuando la batalla no estaba perdida. Y con Lucas, tristemente, no había nada que rescatar.

—Está bien, tienes razón. Discúlpame, a veces siento que vivo en el pasado en vez de en la realidad, y hemos hablado de esto muchas veces. Lo siento de verdad. Tengo que parar. Te he dejado unas pastas en el salón para que desayunes.

No escuchó la respuesta de Lucas porque ya había cerrado la puerta del baño y entrado en el sofocante dormitorio, donde durante cuatro años había creado recuerdos distintos a los que compartieron en el pasado. Recogió sus pertenencias, las metió en la mochila y salió corriendo del piso, avergonzada de sí misma. ¿Cómo podía seguir presionándolo? Las cosas estaban claras entre ellos, aunque ella no lo aceptara. Tal vez era hora de hacerlo.

Se mezcló entre los ceutíes que caminaban por el paseo de la Marina Española. Apartó con rabia las lágrimas que acudieron a sus ojos. Quien tomaba la decisión, ganaba; lo sabía bien. Hacía años había sido ella quien dejó a otra expareja. Pensaba en Lucas mientras el viento le golpeaba la cara y el olor a café le llenaba las fosas nasales. Cuatro años separados.

Tres años viéndose cada pocos meses, compartiendo mucha cama y pocas intimidades. ¿Qué estaba haciendo? No podía avanzar porque él seguía ahí. Cuando lo veía, deseaba volver a la vida que habían tenido. Lucas era quien lo tenía claro. Si no había funcionado, jamás lo haría. Sin embargo, siempre le insistía en que era como su familia. No podía dejarla ir, igual que Barea era incapaz de soltarlo.

Alzó la mirada hacia el Monte Hacho al adentrarse en la calle que conducía a la casa de su madre. Debía dejar de pensar en Lucas. Lo vería esa noche, tendrían el mejor sexo de sus vidas y, al día siguiente, volvería a ser la inspectora de la Sección de Homicidios de Granada. Lucas y sus malditos recuerdos se quedarían allí, en Ceuta.

La silueta del Monte Hacho era una de las más emblemáticas de la ciudad. Se alzaba como un faro verde sobre el mar, observando a los ceutíes, visible desde casi cualquier punto de la ciudad autónoma. A medida que las calles se estrechaban, Barea divisó la casa de su madre en la lejanía. La humedad ya le empapaba la camiseta. A principios de julio y con la ola de calor encima, Ceuta parecía una olla a presión.

Se detuvo por fin ante la diminuta casa de su madre. La cuesta la había dejado sin aliento, y la carretera continuaba ascendiendo hacia las faldas del Monte Hacho. La casa miraba hacia Ceuta, pero al encontrarse a baja altura, apenas se veían más que tejados y edificios. No había elegido mudarse allí por gusto, sino porque era la casa que había heredado. Cuando el padre de Barea falleció, siete años atrás, debido a una fibrilación ventricular, decidió vender el piso de Granada donde Barea y su hermano se habían criado y volver a su tierra, Ceuta.

Barea observó la fachada, con grietas donde la pintura se desconchaba. Parecía una casa vieja de pueblo. Su madre nun-

ca había querido invertir dinero en ella; y, aunque ahora vivía allí, seguía sin querer hacerlo.

Llamó al timbre y aguardó. Prefería avisarla, por si tenía visita. Negó con la cabeza, su madre seguía sin superar la muerte de su padre. Barea temía que se quedara sola el resto de sus días. No por romanticismo, sino porque a menudo no tenía compañía.

—Ay, niña, vienes empapada —observó su madre nada más abrir.

Sus ojos marrones, como la corteza de los árboles, la recorrieron de arriba abajo. A Barea le gustaba mirarla porque en ella se veía a sí misma. Era un calco de la mujer que la había parido.

—Mamá, ¿es posible que me hagas un café? Necesito algo que me espabile —le pidió, entrando detrás de ella.

Margarita aceptó, a cambio de que Barea se diera una ducha. Mientras ella iba a la cocina, Barea subió a la segunda planta, dejó su mochila abierta sobre la cama y sus pertenencias se esparcieron. Miró el teléfono; tenía diez mensajes de la subinspectora Lorena González. Estaba de descanso, así que no iba a leerlos.

Se metió en la ducha y dejó que el agua arrastrara el olor de Lucas. El desagüe también se llevó la pena y el sentimiento de pérdida que la abrumaban cada vez que se separaba de él. Al terminar, bajó las escaleras envuelta en el aroma del café recién hecho. Su madre había tostado también algo de pan.

—Gracias, mamá, necesitaba un rato así contigo —dijo con una sonrisa, sintiendo el agua resbalarle aún por la espalda.

—Quizá tienes que dejar de verlo, ¿no crees? —Barea respondió con una mueca y su madre continuó—: Te conozco, hija. Sé que estás destrozada, como cada vez que lo ves. Déjalo, haz tu vida en Granada.

—Pero si yo hago mi vida, mamá. Joder... Intentamos ser padres durante cinco años. Me acompañó en cada fase de la puta enfermedad, incluso en la operación el año pasado sin estar ya juntos. Es el amor de mi vida, no me jodas.

Margarita desvió la mirada hacia la fotografía que descansaba en la repisa de la ventana. Su padre y Alto sonreían abrazados. Alto, el hermano mayor de Barea, era su ancla. Últimamente no pasaban una buena racha, pero estaba segura de que conseguiría recomponer la relación que solían tener antes del diagnóstico.

—Bueno, cuéntame qué te apetece hacer hoy. Ya sabes que, desde que estoy jubilada, tengo todo el tiempo del mundo.

Margarita era maestra, de esas vocacionales que cambiaban la vida de sus alumnos. Su padre, Juan, también lo había sido. Era curioso que Barea hubiera optado por ser policía nacional, sobre todo cuando su hermano, profesor de biología en secundaria, sí había seguido la estela familiar.

—Había pensado dar un paseo por el Parque Marítimo del Mediterráneo y darnos un baño en la piscina. ¿Te apuntas? Después podemos comer en el bar de Lucas y... —ante la mirada reprobatoria de su madre rectificó— o comer allí en el parque, vaya. Da igual.

Desayunaron mientras disfrutaban de la conversación. Barea veía bien a su madre en Ceuta; sin duda, mejor que en Granada. Siempre había anhelado volver a sus raíces. Había reconectado con sus amigos de la infancia, con sus primas y con los recuerdos que guardaba. No resultó difícil. Durante años, la familia había veraneado allí. Cuando Barea y Alto terminaban el curso en la escuela o el instituto, la familia se trasladaba dos meses a Ceuta. Al final del verano, su madre volvía a Granada de mala gana, pero lo bastante satisfecha como para resistir diez meses antes de regresar a la ciudad autónoma.

El teléfono móvil de Barea empezó a sonar desde la planta superior. La guitarra de Paco de Lucía se filtraba por el techo. Su madre, molesta, le pidió que lo cogiera. Barea le restó importancia y siguió recogiendo la mesa con ella. Pero volvió a sonar. Una y otra vez. *Entre dos aguas* sonaba en bucle, deteniéndose siempre en la misma estrofa.

—Voy, mamá. Debe de ser algo importante si no paran de llamar.

Barea subió corriendo. Al llegar al dormitorio, el móvil sonaba de nuevo. Frunció el ceño. Estaba de vacaciones. Solo dos días. ¿No podían esperar? Y no era Lorena González.

—¿Curro? —respondió. López, el otro inspector de homicidios de Granada.

—*¿Dónde carajo te has metido, Barea? Lleva Lorena escribiéndote desde hace una puta hora. ¿Para qué coño existen los teléfonos móviles si no los llevas encima?* —exclamó Curro al otro lado de la línea. La mala hostia le venía de fábrica; Barea se había acostumbrado después de dos años trabajando con él. En el fondo tenía buen corazón, a pesar de su mal carácter.

—Estoy en Ceuta visitando a mi madre. Aunque eso a ti no te importa. Me cogí dos días. Vuelvo mañana —respondió también mordaz. No estaba de humor para que la presionaran después del día que llevaba.

—*¿Ceuta? Estupendo. Álamo, ve sacando el billete de helicóptero para la inspectora Barea. ¿Cuándo? ¡Ahora, coño! El primero que haya.* —Curro le ladraba a un oficial.

—¿Qué está pasando, Curro? ¿Qué pasa? No estoy entendiendo nada —demandó Barea mientras empezaba a taconear con un pie en el suelo de gres.

—*Te necesitamos en Granada. Un nuevo caso, para ti. Y antes de que preguntes. No, no me sale de los cojones cogerlo. Ya tengo suficiente con lo de la puta marihuana. Ahora mueve tu culo y vente a*

*Granada. Te mando un coche al aeropuerto de Málaga; ahí está el helipuerto, ¿no?*

Algo muy grave había pasado.

—Sí... aterrizaré en Málaga. ¿Qué ha pasado?

—*Ha aparecido un cadáver en una casa en el quinto coño, rodeado de mariposas y colgado de la pared.*